

**El franquismo
intentó destruir
este libro.
Conserva este
valiente y valioso
testimonio en un
lugar de honor por la
memoria de las
víctimas del
régimen más cobarde
y retrógrado.**

Nueva

Antología rota

León Felipe

«Las antologías son siempre una prestidigitación... Escamoteos y preferencias... Un juego cortesano y temporal... Juglaría selecta... Trampas. La Historia y la Poesía las hace el Viento... Y las antologías también.»

Estas palabras del autor dan la medida exacta del contenido del libro: la convicción de que cualquier poema es ajeno a la voluntad del hombre quien lo escribe, porque, el verdadero destino de todos los versos depende del arbitrio inexorable del Viento.

Su poesía no se evade de la realidad, incide en ella con intención transformadora; por ello fue acallado, desprestigiado, censurado y perseguido por los poderes dominantes. Una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de su autor.

León Felipe es el poeta más popular de la España del exilio, el portavoz de la España peregrina. Sufre, integra y asume el destierro político: sabe que no puede volver y su obra está prohibida en España, y acaba convirtiéndose en el portavoz del exiliado. La tragedia del poeta zamorano fue vivir dos mundos: el de las aguas amargas del exilio y el dulce reposo del orden instituido.

Índice de contenido

Cubierta

Nueva antología rota

Provisional todo

Versos y oraciones de caminante

Nadie fue ayer

Autorretrato

¡Qué lástima!

Romero solo

Como tú...

Vencidos

Como aquella nube blanca...

Qué día tan largo

Ahora de pueblo en pueblo

Corazón mío

Ven con nosotros

¡Qué solo estoy señor!

¡Qué pena!

Poemas menores

Versos y oraciones de caminante

I - Pie para el niño de Vallecas de Velázquez

II - Doña muerte y don amor

III - Sabemos

IV - La ascensión

V - La maquina

VI - ¿Y la luna?

VII - Revolución

VIII - Más sencilla

IX - Oración

X - Cristo
XI - Drop a star
XII - Elegía

De «El payaso de las bofetadas...»
El payaso de las bofetadas
Y qué es la justicia
El payaso tiene la palabra
Oferta
Raposa
Las tres manzanas podridas
Pero ya no hay locos

El hacha
Habla el prólogo
I - Oh, este dolor
II - ¿Por qué habéis dicho todos?
III - Hay un tirano que sujeta
IV - España
V - Español
VI - España no eres tú
VII - ¡Eh, tú, Diego Carrión!
VIII - El llanto... El mar.
IX - Estamos en el llanto

El poeta prometeico
Biografía, poesía y destino
El poeta prometeico
Prometeo
Don Quijote es un poeta prometeico
El cristo... Es el hombre
No he venido a cantar
Pero diré quién soy más claramente
Éstas son mis llaves
Regad la sombra
Navega

Segador esforzado

El salto

Del poeta maldito

El poeta maldito

Interrogatorio

Todo pasa en la sombra

¡Yo estoy en el infierno!

Yo soy el gran blasfemo

Las coplas del gran conserje Pedro

Oda rota

Los lagartos

El emperador de los lagartos

Comunión

Yo no soy el gran buzo

Me compraré una risa

El poeta y el filósofo

Cara o cruz

Parábola y poesía

Parábola

Poesía

Un signo... ¡Quiero un signo!

I No me contéis más cuentos

II Sé todos los cuentos

III El dulce cuento de la rosquilla

IV Trampas

V Contadme un sueño

VI Oíd

VII El gusano

VIII Quiero... Sueño

España e hispanidad

Hay dos españas

II - ¡El salmo es mío!

El salmo fugitivo

La España de la sangre
¿Por qué habla tan alto el español?

El viento y yo
Tal vez me llame Jonás
El viento y yo otra vez
I - Que venga el poeta
II - ¿Y a qué he venido?
III - Y ahora me voy
IV - Me voy porque la tierra ya no es mía
V - Me voy porque la espiga y la aurora no son mías
VI - Me voy porque la luz tampoco es mía
VII - Me voy porque la tierra y el pan y la luz ya no son míos

De Antofagasta a la Paz (En el tren)

Nuevos poemas
La poesía llega... Ahí está
Interrogatorio
Un poderoso talismán
La ventana
Canción
El ciervo
La vuelta
El reloj
Epitafio
Hombre
La palabra
Otro relincho
Sobre «El Guernica»
Al glorioso...

Sobre el autor

Notas

PROVISIONAL TODO

Las antologías son siempre una prestidigitación... Escamoteos y preferencias... Un juego cortesano y temporal... Juglaría selecta... Trampas.

Podemos elegir los mejores naipes, descartarnos de peones y servidumbres... y quedarnos con la gran basa en la mano..., con la basa brillante donde no haya más que triunfos.

Provisional todo.

La Historia y la Poesía las hace el Viento... Y las antologías también, claro está.

El hombre trabaja, inventa, lucha, canta... Pero el Viento es lo que organiza y selecciona las hazañas, los milagros, las canciones.

Contra el Viento no puede nada la voluntad del hombre... Yo cuando el viento ha huido a su caverna, me tumbo a dormir. Me despierto cuando él me llama ululante y me empuja. Escribo cuando Él me lo manda. Luego con lo que escribo hace él un revoltijo de cartas de las que no se salvarán seguramente mañana ni el As ni la Reina.

El viento es un exigente cosechero:
el elige el trigo la uva y el verso...
el que sella el buen pan,
el buen vino
y el poema entero...

Y al fin de cuentas, mi último antólogo fidedigno será Él: el viento.

El viento es quien se lleva a la aventura el discurso y la canción... ¡El Viento!

Antólogos, historiadores, arqueólogos, coleccionistas... ¡el que decide es el Viento!

Pero a veces a mí se me quedan en la memoria, en mi mala memoria, sin saber por qué, poemas o versos desglosados de un poema largo y antiguo, versos míos rebeldes que se agarran al ojal de la solapa como una consigna o se me clavan en la cinta del sombrero como una escarapela, para desafiar al Viento. Versos como éstos, por ejemplo:

Y es inútil que compongáis el viejo clavecín,
y que volváis a castrar a los acólitos
y que digáis en los concilios:
cebaremos tiplones para suplir a los poetas...
porque lo que se ha roto... «es la canción»
¿oísteis?
Lo que se ha roto... «es la canción»

De aquí he sacado el título que lleva esta Antología. Pero no me hago ilusiones de que puedan salvarse ni estos versos siquiera.

Me entrego humildemente al Viento.

Y ahora que no hay nadie aquí en mi casa ni el campo, comienza a soplar el vendaval, abro la ventana otra vez y tiro al voleo, casi sin orden ni concierto, mi viejo discurso y... mi rota canción

L. F.

VERSOS Y ORACIONES DE CAMINANTE

Libro I

(Madrid, 1920)

I

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

II

Deshaced ese verso.
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma...
Aventad las palabras...
y si después queda algo todavía,
eso será la poesía.

IV

Poesía,
tristeza honda y ambición del alma,
¡cuándo te darás a todos... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos...
sin ritmo y sin palabras.

IV

Sistema, poeta, sistema.
Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.

V

Poeta,
Ni de tu corazón,
ni de tu pensamiento,
ni del horno divino de Vulcano
han salido tus alas.
Entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de tus costillas las hincaron.
La mano más humilde
te ha clavado
un ensueño...
una pluma de amor en el costado.

VI

No andes errante
y busca tu camino...
—Dejadme...
Ya vendrá un viento fuerte
que me lleve a mi sitio.

AUTORRETRATO

¡QUÉ LÁSTIMA!

¡Qué lástima
que yo no pueda cantar a la usanza
de este tiempo lo mismo que los poetas de hoy cantan!
¡Qué lástima
que yo no pueda entonar con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!
¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!
Sé que la historia es la misma, la misma siempre, que pasa
desde una tierra a otra tierra, desde una raza
a otra raza,
como pasan
esas tormentas de estío desde ésta a aquella comarca.
¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
Debí nacer en la entraña
de la estepa castellana
y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada;
pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña.
Después... ya no he vuelto a echar el ancla,
y ninguna de estas tierras me levanta
ni me exalta
para poder cantar siempre en la misma tonada
al mismo río que pasa
rodando las mismas aguas,
al mismo cielo, al mismo campo y en la misma casa.

¡Qué lástima
que yo no tenga una casa!,
una casa solariega y blasonada,
una casa
en que guardara,
a más de otras cosas raras,
un sillón viejo de cuero, una mesa apolillada
y el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla.
¡Qué lástima
que yo no tenga un abuelo que ganara
una batalla,
retratado con una mano cruzada
en el pecho, y la otra mano en el puño de la espada!
Y, ¡qué lástima
que yo no tenga siquiera una espada!
Porque... ¿qué voy a cantar si no tengo ni una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada?
¡Qué voy a cantar si soy un paria
que apenas tiene una capa!
Sin embargo...
en esta tierra de España
y en un pueblo de la Alcarria
hay una casa
en la que estoy de posada
y donde tengo, prestadas,
una mesa de pino y una silla de paja.
Un libro tengo también. Y todo mi ajuar se halla
en una sala
muy amplia
y muy blanca
que está en la parte más baja

y más fresca de la casa.
Tiene una luz muy clara
esta sala
tan amplia
y tan blanca...
Una luz muy clara
que entra por una ventana
que da a una calle muy ancha.
Y a la luz de esta ventana
vengo todas las mañanas.
Aquí me siento sobre mi silla de paja
y venzo las horas largas
leyendo en mi libro y viendo cómo pasa
la gente al través de la ventana.
Cosas de poca importancia
parecen un libro y el cristal de una ventana
en un pueblo de la Alcarria,
y, sin embargo, le basta
para sentir todo el ritmo de la vida a mi alma.
Que todo el ritmo del mundo por estos cristales pasa
cuando pasan
ese pastor que va detrás de las cabras
con una enorme cayada,
esa mujer agobiada
con una carga
de leña en la espalda,
esos mendigos que vienen arrastrando sus miserias,
de Pastrana,
y esa niña que va a la escuela de tan mala gana.
¡Oh, esa niña! Hace un alto en mi ventana
siempre y se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
¡Qué gracia
tiene su cara
en el cristal aplastada
con la barbilla sumida y la naricilla chata!
Yo me río mucho mirándola
y la digo que es una niña muy guapa...

Ella, entonces, me llama ¡tonto!, y se marcha.
¡Pobre niña! Ya no pasa
por esta calle tan ancha
caminando hacia la escuela de muy maja gana,
ni se para
en mi ventana,
ni se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
Que un día se puso mala,
muy mala,
y otro día doblaron por ella a muerto las campanas.

Y en una tarde muy clara,
por esta calle tan ancha,
al través de la ventana,
vi cómo se la llevaban
en una caja
muy blanca
que tenía un cristalito en la tapa.
Por aquel cristal se la veía la cara
lo mismo que cuando estaba
pegadita al cristal de mi ventana...
Al cristal de esta ventana
que ahora me recuerda siempre el cristalito de aquella ca-
ja
tan blanca.

Todo el ritmo de la vida pasa
por este cristal de mi ventana...
¡Y la muerte también pasa!

¡Qué lástima
que no pudiendo cantar otras hazañas,
porque no tengo una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada,